

ELSIE
SILVER



Hopeless
SIN REMEDIO

SAGA CHESTNUT SPRINGS

CONTRALUZ



**ELSIE
SILVER**






Hopeless
SIN REMEDIO



SAGA CHESTNUT SPRINGS

Traducido del inglés por Eva Pérez Muñoz



Título original: *Hopeless*

Primera edición: enero 2026

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2024 RECKLESS by Elsie Silver

© de la traducción: Eva Pérez Muñoz, 2026

© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.)

Madrid, 2026

Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.contraluzeditorial.com

ISBN: 979-13-87810-24-5

Depósito legal: M. 19.588-2025

Printed in Spain

*Para todos los que me habéis enviado mensajes,
correos electrónicos o comentarios (y creedme, sois muchos)
pidiendo el libro de Beau.
Va por vosotros.*

Nota de la autora

Este libro aborda temas como el alcoholismo, el trastorno de estrés postraumático y los injertos de piel por quemaduras. Espero haberlos tratado con el respeto y el cuidado que se merecen.



Uno *Bequ*

Pensaba que cabrear a mi hermano y largarme hecho una furia me haría sentir algo.

Por supuesto, me he equivocado.

Ni siquiera actuar como un gilipollas rabioso cuando debería estar ayudando a un amigo de la familia a mudarse a su nueva casa consigue despertar algo en mí.

Camino por la calle principal de Chestnut Springs con las manos cerradas en puños, clavándome las uñas en las palmas.

Eso tampoco lo siento.

Solo noto el cansancio.

Aunque no lo suficiente como para dormir.

De pronto, el agudo silbido de un tren atraviesa la calma y me quedo paralizado. Durante años, he estado ocultando lo mucho que me alteran los ruidos fuertes, pero ahora es diferente.

Lo lógico sería pensar que voy a pelear o a salir corriendo, pero últimamente solo me quedo quieto, esperando a que llegue cualquier emoción: miedo, ansiedad, frustración...

Nada. No siento nada.

Me detengo en la intersección entre la calle Rosewood y Elm, y me giro para ver cómo el tren se aleja entre resoplidos metálicos. Va y viene. De un punto A a un punto B. Carga. Descarga. Espera toda la noche. Y vuelta a empezar.

—Soy como un tren —susurro, mientras observo cómo las ruedas se deslizan firmes sobre los raíles.

Me paso el día entero trabajando en el rancho porque se supone que es lo que tengo que hacer. Me limito a seguir la rutina. Y detesto cada segundo.

Una mujer pasa a mi lado con un carrito de bebé y me mira confundida. Luego, en cuanto me reconoce, pone cara de sorpresa. Puede que fuéramos juntos al instituto, aunque en un pueblo como este, es algo que le suele pasar a casi todos los nacidos con pocos años de diferencia.

—¡Anda, Beau! Perdona, no te había reconocido.

Será porque hace meses que no me corto el pelo.

No recuerdo su nombre, así que me limito a sonreír con educación.

—No pasa nada. Estoy en medio del paso de peatones, ¿verdad? Espera... —Estiro el brazo y pulso el botón del semáforo por ella.

La mujer cuyo nombre no recuerdo esboza una sonrisa de agradecimiento y se coloca la bolsa sobre el hombro sin dejar de sujetar el carrito que va atestado de cosas que seguramente no necesita.

—¡Gracias! Me alegra verte por aquí. Tuviste a todo Chestnut Springs con el alma en vilo esas semanas.

Me tiembla la mejilla por el esfuerzo de seguir sonriendo. Sí, formé parte de la JTF2, la unidad de élite de las fuerzas especiales de Canadá. Sí, decidí quedarme atrás y no subir al transporte de evacuación para rescatar a un prisionero de guerra. Y sí, estuve desaparecido en combate durante semanas y, cuando por fin me encontraron, estaba hecho un desastre.

Sigo hecho un desastre.

A la gente le encanta hablar de eso.

«Nos diste un buen susto».

«La próxima vez intenta coger el transporte a tiempo, ¿vale?».

«Seguro que estás disfrutando de ser el centro de atención».

Y en cuanto creen que no estoy escuchando, los comentarios dejan de ser amables y se convierten en auténticas puñaladas.

«Parece que va a explotar en cualquier momento».

«Ni siquiera el terapeuta ha podido ayudarlo».

«Puede que él lo vea como un acto heroico, pero a mí me parece una estupidez».

Sé que no lo hacen con mala intención, pero me revienta cómo lo expresan. Como si haber quedado atrapado en territorio enemigo tuviera algo que ver con ellos. Como si hubiera querido asustarlos a todos o ignorado cualquier intento de comunicación a propósito. Los civiles nunca podrán imaginarse toda la mierda que he visto y las decisiones que he tenido que tomar.

Así que prefiero hacer oídos sordos.

—No hay nada como sentir el apoyo de un pequeño pueblo —comento, porque no puedo decir lo que de verdad pienso. Si les mostrara la persona que soy ahora, mi nuevo yo, les resultaría demasiado incómodo.

—Pues aquí lo tienes a raudales. —Asiente con gesto amable y cruza la calle.

Parpadeo y aparto la vista; no quiero seguirla, pero tampoco sé hacia dónde voy. Supongo que en dirección contraria.

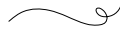
Y ahí es cuando veo El Andén, el mejor bar de Chestnut Springs.

Da igual que el cielo esté despejado y el sol brille en esta tarde preciosa de verano. Da igual que haya dejado a Rhett hecho una furia. Da igual que un amigo me esté esperando

para que le eche una mano descargando muebles a solo un par de calles.

Ahora mismo, el bar del pueblo me parece un sitio cojonudo donde esconderme.

Y un buen trago no me va a venir nada mal.



—Gary, como no bajas el ritmo, voy a tener que quitarte las llaves.

El hombre mayor, con la cara enrojecida, resopla ante la advertencia de Bailey. Me acomodo en un taburete, unos cuantos asientos más allá, y lo giro para apoyar un codo en la barra y quedar de cara a la puerta. Puede que solo sea otro pequeño bar de pueblo más, pero lo han reformado por completo, y ahora tiene un aire más sofisticado que me gusta. La decoración tipo *western* domina el espacio, con la lámpara hecha con una rueda de carreta que cuelga sobre el suelo de madera reluciente y los tarros de cristal aportando un toque rústico.

—¿Cuándo te has vuelto tan mandona? —masculla Gary, dejando su pinta de cerveza sobre la barra—. Antes casi no abrías la boca, y ahora no paras de darme órdenes como si fueras una pequeña tirana.

El pelo oscuro, casi azabache, de Bailey Jansen le cae reluciente sobre los hombros bronceados. Nos da la espalda mientras se agacha para sacar los vasos del pequeño lavavajillas que hay detrás de la barra.

—Supongo que ya he cogido confianza —responde—. Y a ti no te viene mal que alguien te controle, viejo testarudo. Te pasas todo el día aquí, molestándome.

—¡Eso no es cierto! Me porto de maravilla contigo. Es más, yo diría que soy uno de los pocos que lo hacen.

Bailey se da la vuelta con un paño blanco en la mano y señala con el dedo a Gary.

—Cierto, y te considero un amigo. Por eso no me canso de repetírtelo todos los días: bebes demasiado.

Entonces se percata de mi presencia y abre los ojos, sorprendida. Entre la música *country* y el ruido del lavavajillas, es normal que no me haya oído llegar.

—Si dejo de beber, te vas a quedar sin trabajo. Y puede que hasta sin un amigo.

—Tranquilo, Gar. Ya me las apañaré —responde ella. Luego hace una pausa y se pasa la lengua por los labios entreabiertos. Unos labios carnosos y húmedos—. Beau Eaton. Me alegro de verte por aquí.

Gary se vuelve hacia mí, dándose cuenta de que estoy aquí.

—¡Coño, Beau Eaton! Eres un armario de cuatro puertas, ¿eh? —Gary arrastra las palabras, y Bailey aprovecha su descuido para quitarle las llaves con un ágil movimiento de la mano que tiene libre.

Gary cierra los ojos y resopla.

—Todos los putos días igual.

—Sí. Todos los putos días. —Bailey se guarda las llaves en el bolsillo trasero de los vaqueros y se gira hacia el lavavajillas, donde se le han ido acumulando los vasos—. ¿Qué te pongo, Beau? ¿Estás esperando a alguien? Supongo que querrás sentarte en tu sofá de siempre, ¿no?

Trago saliva y miro el sofá donde mis hermanos, mis amigos y yo hemos pasado tantas noches. Tengo la sensación de que el Beau que se sentaba allí ya no existe. El Beau de ahora está en la barra, junto a la vecina reservada que luce unos Levi's desgastados mejor que nadie.

Y con el borracho melancólico del pueblo.

—No, hoy he venido solo. Ponme lo mismo que está bebiendo Gary.

—¡Una Buddyz Best para el héroe del pueblo! —Gary golpea la barra con la mano. Me sobresalto por el sonido repentino. Y por la etiqueta de «héroe». A veces siento que voy a derrumbarme con tanta gente mirándome como si tuviera que estar en un pedestal. Siempre hay alguien observándome.

Contemplo su mano curtida, apoyada sobre la madera pulida de la barra. Cierro los ojos un instante y deslizo la lengua por los dientes para no apretar la mandíbula. Cuando alzo la vista, tratando de parecer relajado, me encuentro con el ceño fruncido de Bailey, cuyos ojos oscuros me taladran, como si pudiera descifrar lo que hay dentro de mi cabeza. Esbozo una sonrisa forzada que no parece impresionarla en absoluto. De hecho, antes de darse la vuelta para servirme la cerveza, hace un gesto de negación con la cabeza apenas perceptible, como si la hubiera decepcionado.

Vuelvo a recorrerla con la mirada, intentando recordar cuándo fue la última vez que la vi. Siempre ha sido la dulce, tímida y pequeña Bailey Jansen. Por desgracia, nació en la familia con peor reputación del pueblo. Su padre y sus hermanos han estado metidos en todo tipo de problemas: drogas, robos, prisión... y su madre se marchó hace años y nunca volvió.

Lo peor de todo es que su propiedad linda con la nuestra. Desde mi casa en el rancho puedo ver la suya al otro lado del río, justo donde puse una valla de espino para que esos cabrones supieran hasta dónde podían acercarse.

Pero Bailey siempre me ha parecido distinta.

Siempre he sentido cierta pena por ella, y también el impulso de protegerla desde la distancia de las miradas, los cuchicheos... No quiero ni pensar lo jodido que debe ser crecer en un pueblo pequeño donde todos tienen algo que contar sobre tu familia. Por eso siempre he sido amable con ella. Me

cae bien. No tengo motivos para lo contrario, aunque apenas hayamos hablado.

Lleva años trabajando en El Andén, aunque no recuerdo cuántos. Ni tampoco si ha pasado el tiempo suficiente como para que ahora me permita fijarme en cómo se le sube la camiseta de tirantes, dejando a la vista una franja de su vientre plano. O imaginarme lo bien que encajarían esos pechos redondeados en mis manos.

—¿Desde cuándo trabajas aquí, Bailey? —pregunto. Noto cómo tensa los hombros.

Se aclara la garganta.

—Desde hace poco más de cuatro años. Empecé cuando tenía dieciocho.

Es decir, que ahora tiene veintidós.

Mierda. Tengo treinta y cinco, lo que significa que yo era un adolescente cuando... Aparto ese pensamiento de mi mente y bajo la vista justo cuando ella coloca un posavasos frente a mí, seguido de una pinta de cerveza rubia, con la espuma a punto de desbordarse.

—Gracias —murmuro pasándome una mano por el pelo.

Me responde con un murmullo breve que no llega a ser palabra.

Desde que he vuelto, Bailey ha sido la única del pueblo que no me ha tratado como si fuera el héroe del año. No me observa con una curiosidad morbosa, como si fuera una especie rara en un zoo.

Sigue trabajando en silencio, y yo me esfuerzo por no mirarla demasiado, al tiempo que me pregunto por qué ha pasado de hablar con tanta soltura a cerrarse en banda en cuando me he sentado en la barra.

—Así que estuviste desaparecido en combate dos semanas, ¿no? —empieza Gary. Veo cómo Bailey pone los ojos en blanco, mientras seca una jarra de cerveza hasta dejarla reluciente.

—Sí.

—¿Y cómo fue?

Genial. Otra vez el único tema del que me habla la gente desde que volví.

—¡Gary! —exclama Bailey, dejando caer los brazos a los costados, con una expresión de incredulidad en el rostro.

—¿Qué pasa?

—Esas cosas no se preguntan.

—¿Por qué no?

No puedo evitarlo. Me río y decido ayudar a Bailey antes de que sienta que tiene que salir en mi rescate.

—Hacía un calor infernal. Me puse moreno.

El hombre me mira con los ojos entrecerrados y se mueve con torpeza. Me pregunto cuánto tiempo lleva bebiendo, porque es temprano, apenas ha pasado el mediodía, y ya va como una cuba.

—He oído que te quemaste, no es el moreno que a mí me gustaría.

—¡Gaaary! —Por cómo pronuncia su nombre, está claro que a Bailey le está horrorizando esta conversación.

Deslizo la mano por la barra para captar su atención.

—No pasa nada. Todo el mundo sabe lo de las quemaduras.

Ella parpadea. Me fijo en que, de pronto, tiene los ojos ligeramente empañados.

—En serio —continúo—, prefiero que la gente hable claro a que me laman el culo o se anden con rodeos. ¿Por qué crees que estoy aquí a plena luz del día?

—¡Porque Bailey es la mejor camarera del pueblo!

Ella resopla con diversión y vuelve a su tarea de secar vasos. Intento recordar si alguna vez la he visto sonreír de verdad. Creo que no. Siempre intenta pasar desapercibida, y yo solo vengo al bar cuando está hasta arriba. Ni siquiera estoy

seguro de si había escuchado bien su voz antes. Tiene un tono melódico, una dulzura que resulta casi reconfortante.

Estoy harto de que la gente me hable, pero algo me dice que escuchar a Bailey podría no ser tan malo.

El primer trago de cerveza entra frío y me refresca por dentro. Suspiro mientras bebo, sintiendo como si la carga se volviera más ligera entre el borracho y la marginada del pueblo.

Ahora los reconozco como espíritus afines, ya que yo también soy un inadaptado en mi propio hogar.

—Quemaduras de tercer grado en los pies —explico, siguiendo la línea de franqueza absoluta de la conversación—. Me hicieron injertos de piel.

—No te preocupes. Seguro que encuentras a alguna chica que tenga algún fetiche raro con los pies a la que le encante esa mierda.

Bailey apoya las manos en el borde de la barra y baja la cabeza con un gemido.

—Por el amor de Dios, Gary. Deja de beber.

—Mientras te funcione la polla... —Me señala de arriba abajo con la mano—. De cara no estás mal, ¿verdad, Bails? Vas a estar bien, chaval. Ya verás como aparece alguien que te quiera.

A pesar de estar borracho, Gary ha dado justo en el clavo. Nunca me he considerado una persona vanidosa ni obsesionada con mi aspecto. No me ha hecho falta. Con los buenos genes que he heredado y la exigencia física de mi trabajo ha sido suficiente.

¿Quién se hubiera imaginado que unos pies llenos de cicatrices serían los que harían tambalear mi confianza? Putos pies. Como si tuvieran alguna importancia. Podría haber sido peor. Debería estar agradecido. Y, sin embargo...

Bailey me mira con atención, repasando mis facciones, y yo hago lo mismo con ella. Su pelo oscuro brilla con matices

caoba allí donde le da la luz. Es liso y sedoso, y le cae en capas desde el flequillo largo hasta el mentón, los hombros y la espalda. No parece que se lo corte a menudo. Me detengo en sus pestañas, tan espesas y negras que me recuerdan a las de esas muñecas antiguas. No lleva ni una pizca de maquillaje, lo que deja al descubierto unas pocas pecas repartidas por la nariz.

Un leve rubor le tiñe las mejillas cuando responde en voz baja:

—Sí.

Luego parpadea y aparta la vista.

Esos ojos, esa mera palabra... me aceleran el pulso.

Y por fin, algo empieza a moverse en este mar de entumecimiento.

Trago saliva para aliviar la sequedad de la boca, intentando borrar este instante. Puede que aún no esté preparado para sentir nada.

Doy otro sorbo a la cerveza y me pregunto si, con un par de pintas más, conseguiré dormir esta noche más de unas pocas horas.

Bebo otro trago y me paso la mano por la barbilla sin afeitarse antes de mirar a Gary.

—El amor es lo último que necesito. Pero esta cerveza me está sentando de maravilla. Gracias, Gary.

Me siento seguro hablando con él, mucho más que con Bailey Jansen, que me observa con esos ojos enormes de cervatillo, como si pudiera verme por dentro.